

renuncia a la cita fácil, aunque no grosera, o carga con los riesgos y limitaciones de una cita fuera del dichoso contexto.

Martínez Díaz se refiere en su prólogo, de manera obligadamente breve, a la influencia de Larra en América. Ese es un tema muy interesante, que espera un trabajo serio. De mis devaneos con Larra y su circunstancia, recuerdo ahora un trabajo de Osvaldo Alvarez donde se señalan las coincidencias entre Larra y la generación argentina de 1837, sobre todo en el primer Juan Bautista Alberdi, que llegó incluso a utilizar el seudónimo de "Figarillo". Nelson Martínez escribe que en América "entre las primeras ediciones de sus libros se encuentra una de Artículos publicados en la Imprenta Oriental de Montevideo en 1837-38. ■ V. M. R.

El poeta Gabino-Alejandro Carriedo

NUEVO compuesto descompuesto viejo" (1) recoge una antología de versos de ese gran poeta que se llama Gabino-Alejandro Carriedo.

Libro necesario, por cuanto la obra del poeta palentino no ha sido recogida en las antologías al uso del llamado "grupo poético del 50", al que pertenece con todos los honores, si bien su "personal altivez en el gobierno de su vida" le aleja o le distingue de sus compañeros de promoción. Libro, pues, necesario. Y es curioso que el componedor del entuerto sea, como casi siempre, otro poeta, Antonio Martínez Sarrión, y no un crítico.

Conoció a Gabino-Alejandro Carriedo hacia 1958, cuando se apagaban los vuelos de su revista "El Pájaro de Paja" y se encendían las antorchas sociales de su nueva publicación, "Poesía de España". Pero años antes había caído en mis manos ese increíble libro, o entrega poética en morde de su brevedad, que se llama "Del mal el menos" (Madrid, 1952). Y aquel asombro juvenil, intenso ante el desgarro verbal y el ingenio poético, se repite a cada nueva lectura del libro (por cierto, bastante frecuentes).

La posición del poeta Carriedo

(1) Nuevo compuesto descompuesto viejo, de Gabino-Alejandro Carriedo. Prólogo de Antonio Martínez Sarrión. Poesía Hiperión, núm. 28. Ediciones Peralta. Madrid, 1980.



Gabino-Alejandro Carriedo.

en la poesía española de posguerra no deja de ser curiosa. Marginado por los más y admirado por los menos, su obra ha ido creciendo silenciosa, al margen de escuelas y de grupos, al margen también de la influencia que necesariamente habría debido tener. Pero su auténtica voluntad de subversión poética, tanto expresiva como temática, así como su decidida vocación renovadora contra tirios y troyanos (léase "garcilasistas" y herederos del Dámaso Alonso de "Hijos de la Ira"), han hecho que hoy se nos

aparezca como uno de los precursores más interesantes de la actual poesía española, es decir, de la poesía que habría de cristalizar veintitantos años después de la publicación de aquel importante libro.

Su primera publicación, "Poema de la condenación de Castilla" (Palencia, 1946), entronca con los afanes regeneracionistas, pero ya mezclados con algunos de lo que después serían logros poéticos, que iba aprendiendo en la lectura y estudio de las vanguardias europeas, amén del ele-

ADIOS A LAS LETRAS

Lo espontáneo es lo erróneo

HACE unos días escuché en la radio una discusión sobre la hipocresía nacional. Ignoro ahora quién era el filósofo invitado y desconozco incluso si era filósofo el que hablaba. Lo único que queda cierto en mi memoria es que el aludido personaje habló de un supuesto colega suyo, Juan Cueto, lo que me inclinó a pensar que, en efecto, quien hablaba se creía filósofo.

Dijo el hombre radiado que Juan Cueto había escrito un libro, publicado hace un año, sobre la hipocresía nacional. En la localidad en que residio —Little Inagua, en esta parte del año, es una delicia ácrata porque el Gobierno está de vacaciones— no hay mucha oportunidad para adquirir libros, y mucho menos de filosofía. Tengo a mano algunos volúmenes de Alberto Vázquez Figueroa y una colección de Diarios de Bertolt Brecht, así que ya pueden suponer el dilema.

De modo que no tengo a mano ese libro de Juan Cueto. Me sorprendió, sin embargo, la frase con la que al parecer el citado pensador y semiólogo asturiano inicia su volumen; según su colega de la radio, ese estudio comienza con este frontispicio: "Lo espontáneo es lo erróneo".

Hace años, cuando yo era un adolescente que aún no había leído a Bertrand Russell, grabé en la pared de mi casa un poema de Rudyard Kipling que se titulaba If... y que me parecía un ejercicio cristiano. Años después vi que ese poema estaba en la consulta de los médicos y decidí borrarlo de la consulta de mi memoria.

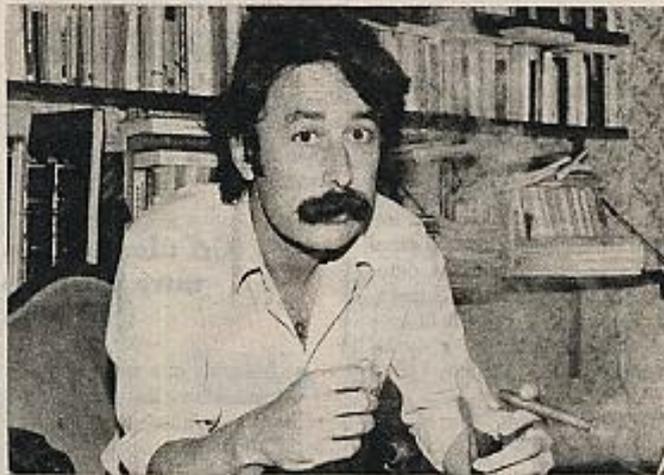
Muchos años han pasado hasta encontrar otra frase que me impresionara tanto como para dejarla estampada en las paredes de mi casa. Y ahí, en mi blanco apartamento de Little Inagua, los escasos visitantes que por el momento vienen se encuentran, escrita con bolígrafo o rotulador, o grabada a uña, que es como yo grabo los teléfonos que me da Eduardo Chamorro, la famosa frase desconocida de Juan Cueto.

Se me preguntará cómo un

escritor riguroso como yo puede hacer caso de una frase escuchada en la radio. Los hombres de poca fe se hacen estas preguntas. Hubo una época de la filosofía española, que yo aproximo a los años sesenta, cuando era muy corriente que se escribieran largos y sesudos estudios sobre la situación —La Situación pervive—, precedidos de breves prólogos en los que los autores hacían una descarnada y casi huesuda afirmación: escribo este libro, decían, sin la documentación ni la bibliografía precisa, pero no me queda más remedio que acometer el tema porque las circunstancias hacen imprescindible el uso de la urgencia.

¿Qué tiene de malo, pues, que yo haya arquetizado sobre una frase escuchada en la radio mi filosofía de esta semana? Tiene de malo, claro, el carácter espontáneo del artículo, que sólo tiene esta semana planteamiento. El nudo y el desenlace no son hechos que se produzcan en este solsticio, porque la magia del planteamiento supera la atracción que las otras partes de la comedia pueden ejercer sobre uno.

El nudo y el desenlace, digámoslo de nuevo con lenguaje teatral, son lo espontáneo. Y lo espontáneo es lo erróneo. Animo al lector a que contribuya a desmenuzar la frase y la filosofía. Las respuestas, a Little Inagua o a esta publicación. Como premio a sus contribuciones tenemos hechas a ciclostil numerosas fotocopias del citado poema de Kipling. ■ SILVESTRE CODAC.



Juan Cueto.

mento lúdico, fundamental en el poeta, de origen postista.

La antología que origina estas líneas publica dos poemarios inéditos: "La pila sespera" (1948) y "La flor del humo" (1949), que contienen ya algunos grandes poemas que reflejan la personalidad del autor, como "Baño de asiento con estrambote", en los que aparece soterrada, como dice Martínez Sarrión, esa veta de solidaridad con los mundos y los objetos pequeños, olvidados y depreciados poéticamente.

Y aquí llegamos ya a esas dos pequeñas joyas de la poesía española de posguerra, "Los animales vivos" (libro de 1951 y publicado en 1965) y "Del mal el menos" (1952).

El primero constituye la novedad de ser uno de los pocos bestiarios de nuestra poesía contemporánea. (Recordamos uno en prosa que escribía Moreno Villa en las páginas de "El Sol", y el famoso "Bestiari" del poeta catalán Pere Quart.) Pero oigamos estos sorprendentes e increíbles versos, escritos en 1951:

"Primero se le coge de una pata, luego se le propina un puntapié, más tarde se le da un terrón de azúcar y acto seguido, pan y leche y paños. / Transcurridos seis meses por lo menos/diciendo abracadabra se le cuelga, de un árbol frondoso de tal guisa/que pasar pueda ver los autobuses".

El segundo, "Del mal el menos", creo que supone uno de los mayores logros expresivos, una de las mayores superaciones de los esquemas poéticos establecidos en la poesía española de aquellos años. A la vez que toda una veta de extraña ternura, un cierto neorrealismo desenfado, un curioso afán pánico por los objetos y una sutil crítica social, recorren estos estremecedores poemas. No me resisto a citar algunos de estos versos del poema, "Mensaje a una mujer", por donde corre cierto aire lírico de un San Juan de la Cruz moderno:

"Intactos levemente como esa espuma tuya, / los gatos reverencian tu mítica laringe. / Los ciervos descarriados que van por la ladera / preguntan tu apellido con singular bonanza".

Posteriormente, con siete años de diferencia, aparece "Las alas cortadas" (1959), poema circunstancial, unitario, generalmente poco estimado, pero que contiene logros de auténtico sello personal, como los que anoto:

"Dormidos cuando hay tanto que hacer en las ciudades, / cuando hay tanto cobarde tiritando de miedo, / tanto gato asustado con los ojos de angustia, / tanto gusano que matar, Dios mío!, / tanto arácnido sucio, tanto César en ciernes...".

En los años 1961 y 1963 aparecen, respectivamente, dos títulos, "El corazón en un puño" y "Política agraria". Ellos suman y compendian la aportación de Carriado a la poesía comprometida o social, al intento de dejar acta notarial del hecho histórico, a lo que se dedicaba una parte importante de la poesía. Y aquí su lírica cobra un tono cada vez más irónico, más sarcástico, reflejo de un tiempo que el poeta mira como despreciable, pero a la vez heroico. Y es una vez más el humor, elemento primordial en el quehacer del poeta, el que le distingue del resto del grupo de poetas sociales. A la vez que el canto a las pequeñas herramientas del trabajo, a las pequeñas cosas; la citada cotidianeidad del poeta se mantiene intacta.

Con "Los lados del cubo" (1973), último libro publicado hasta la fecha, Carriado dirige su mirada poética hacia el mundo del arte, sin abandonar ninguna de sus habituales constantes, y suponiendo una síntesis de sus pasados procedimientos, quizá con algo más de escepticismo conceptual.

"Nuevo compuesto..." incluye también un conjunto de poemas inéditos, fechados entre los años 1970 y 1979. En todos ellos encontramos la peculiar gracia y personal estilo, las formas reflexivas verbales provocando las más gratas sorpresas, la lucha contra la retórica barata a que tan aficionados son nuestros poetas. Todo ello, conjuntado en una gran magia prosódica, hacen hoy de Gabino-Alejandro Carriado uno de los poetas más personales, entrañables y estremecedores de nuestra lírica contemporánea. ■ JOSE ESTEBAN.

ARTE

Antoni Tàpies: gran exposición retrospectiva

ESTA gran exposición antológica de Antoni Tàpies nos llega cuando la visión de la realidad

que revela su pintura se ha ido filtrando, a través de la influencia ejercida en otros artistas, hasta incorporarse a nuestra manera de mirar y ver la realidad. Entre tanto ha celebrado exposiciones semejantes en otras ciudades, pero ésta que presenta actualmente en el Museo de Arte Contemporáneo de Madrid aúna el interés de poder ver una de las selecciones más amplias reunidas hasta ahora y el hecho de que sea precisamente en la capital del Estado español, en cumplimiento del propósito, expresado por el director general del Patrimonio Artístico, Javier Tusell, de "procurar que se desvanecieran las múltiples incomprensio-

cial y político. A través de obras como éstas, Tàpies contribuyó a crear un ambiente y una conciencia. Y su lenguaje, lo que es de destacar, resultaba adecuado: aquellos rastros de dedos —podían ser cuatro, teñidos de sangre sobre fondo de oro, pero podía ser la mano entera—, aquellas palabras, los signos menos inequívocos, las cruces, se incorporaron plenamente a la acción colectiva. Después de ese paréntesis, largo, doloroso, la obra de Tàpies prosigue ese camino de múltiples sentidos que le ha caracterizado siempre: el descubrir lo real, en su rica e inagotable diversidad, que oculta una profunda unidad. Que es la que se per-



Antoni Tàpies.

nes existentes entre las diversas culturas de los pueblos de nuestra España". Y, es preciso reconocerlo, existen otras pruebas de esta buena voluntad, como el gran esfuerzo que ha supuesto organizar la exposición "Cien años de cultura catalana", recién inaugurada en Madrid.

La antológica de Tàpies permite apreciar mejor que a través de obras aisladas, o el conocimiento indirecto de los libros monográficos, la voluntad totalizadora del gran artista. En la época informalista se habló de materia; más tarde, de la interiorización coloreada de misticismo a que daba pie su interés por ciertas doctrinas orientales. Y no olvidemos las formas en libertad de su etapa surrealista y la penúltima época, en los años sesenta y primeros setenta, en que su compromiso con la realidad le había impulsado a ejecutar cuadros y carteles de directo carácter so-

cibe en su obra actual y, lo que es más importante, en el conjunto, como se aprecia claramente en esta exposición. Dentro del contexto que recrea ésta, cada obra resulta potenciada, revela acaso mejor sus significados, pero al mismo tiempo se percibe la sensación de totalidad.

Decíamos al principio que su pintura está incorporada de algún modo a nuestra manera de mirar y ver el mundo. Pero no sólo porque el nuestro se nos presente lleno de profundas grietas y toda fábrica en ruinas, sino porque nos da una síntesis profunda de dos actitudes: aquella que se atiene a los datos inmediatos y reales y la que trata de ver al otro lado del espejo. Tàpies nos revela que el espejo no existe: que la realidad es única. Y esto desde antes que pudiera haberlo leído en antiguos textos místicos. Por esto no podemos decir que su obra haya sido ple-